

Nuestro Círculo

Año 13 Nº 636

Semanario de Ajedrez

1º de noviembre de 2014

AJEDREZ Y RESPONSABILIDAD

por Marcos Alonso



Si alguien nos preguntara, de buenas a primeras, en qué consiste nuestra vida, una de las respuestas más acertadas que podríamos darle sería la siguiente: mi vida es la serie de decisiones que voy tomando. De manera análoga, si miramos de cerca este fabuloso juego que llamamos ajedrez, lo que nos encontramos detrás del inerte plástico o madera que suele conformar piezas y tablero, no es más que una interminable concatenación de decisiones.

El ajedrez es, con toda probabilidad, el entrenamiento más intenso y reconcentrado que existe en cuanto a la toma de decisiones; y si la vida es en su esencia libertad, tenemos algo así como que el ajedrez es la vida en miniatura. Dando sólo un pasito más, tendríamos la excesiva frase del siempre excesivo Fischer: "El ajedrez no es como la vida, es la vida misma".

El genio de Brooklyn no mentía cuando decía esa frase, pero el resto de nosotros entendemos que la vida tiene una riqueza y complejidad que sobrepasa y engloba los 64 escaques del tablero de ajedrez. No obstante, es

cierto que el ajedrez presenta algunas similitudes innegables respecto de la vida. La más importante, a mi juicio, es la experiencia de la libertad que se tiene jugando al ajedrez. Sentados ante el tablero, experimentamos algo muy similar a esa necesidad de elegir - y elegir bien - que tenemos en nuestra vida cotidiana. ¿Enroco corto o largo? ¿Desayuno cereales o huevos con

beicon? ¿Cambio damas o las mantengo en juego? ¿Voy al cine o salgo de fiesta? La comparativa entre vida y ajedrez cobra aún más fuerza en los momentos decisivos: decidir sacrificar pieza por un ataque incierto, ¿puede llegar a ser más complicado y angustioso que decidir entre casarse o no!

Siempre se destaca del ajedrez su capacidad para desarrollar la concentración, la memoria, la lógica. Motivos muy justos y ciertos,

que nunca deberíamos olvidar. Sin embargo, creo que el mayor filón para la apología del ajedrez, especialmente dentro del ámbito educativo, se encuentra en esta idea del ajedrez como laboratorio de pruebas para la vida. En el ajedrez ensayamos - sin miedo a que nos explote en la cara, pues lo peor que podría pasarnos es perder una partida - los distintos modos de actuar y reglas para nuestra acción. Más pronto que tarde comprendemos cosas como que actuar irreflexivamente no es bueno, que confiar en la estupidez del otro no es buena estrategia, o que conseguir nuestros objetivos requiere un esfuerzo constante y continuado.

Más allá de las aptitudes y capacidades desarrolladas por el ajedrez, su verdadero mérito y valor es el de constituir una experiencia privilegiada de la libertad y de la responsabilidad. Con el ajedrez se entiende, de manera inmejorable, cuál es la sustancia íntima de eso que llamamos nuestra vida. A cada segundo tenemos que elegir lo que hacemos, pero tenemos que elegir bien, pues las decisiones que tomamos nos acaban decidiendo a nosotros mismos; lo mismo que en la partida de ajedrez. Ser libre, en un sentido pleno y verdadero, significa ser responsable. Ser libre no es poder hacer lo que uno quiera, sino más bien todo lo contrario: ser libre es reconocer que entre todas las opciones que podemos elegir - entre todas las jugadas que podemos hacer - hay una que es la mejor y que es la que tenemos que esforzarnos en encontrar, pues a fin de cuentas lo que está en juego somos nosotros mismos.

¿Hay, acaso, alguna lección más importante en la vida? Llegar a ser auténticamente responsable, llegar a ser verdaderamente dueño de uno mismo, es una de las mayores aspiraciones que podemos tener. Si el fin último de la educación es crear ciudadanos responsables, ¿qué mejor materia podrían tener los niños en el colegio que el ajedrez? El conocimiento de todos los ríos y lagos del mundo, por poner un ejemplo, parece poca cosa frente a lo que ofrece el ajedrez. En términos pedagógicos, una actividad que muestra y enseña a ser responsable de una manera tan clara y potente como lo hace el ajedrez, tiene un valor incalculable; y esto es algo que los ajedrecistas y profesores de ajedrez deberíamos tener siempre muy presente.

La responsabilidad, por otra parte, ha llegado a ser uno de los temas de nuestro tiempo.

Estamos acostumbrados a oír por todas partes la famosa palabra: desde la repetida necesidad de un consumo responsable, hasta la responsabilidad política como probado oxímoron.

La responsabilidad es un valor muy demandado hoy, y en todas las escuelas y ámbitos de enseñanza se defiende la educación en la responsabilidad como algo comúnmente aceptado. ¿Por qué no presentar el ajedrez como el juego de la responsabilidad que es? En el ajedrez el resultado de la partida depende por completo de cada jugador. No hay árbitro al que culpar, ni mala suerte en la que escudarse. El ajedrez obliga al

jugador a asumir sin medias tintas la responsabilidad ante sus actos. El ajedrez, no obstante, nos permite analizar fácilmente lo sucedido, aprendiendo de nuestros errores y desarrollando una importantísima actitud crítica. El ajedrez, en este sentido, llega a presentarnos una responsabilidad más dura e implacable que la propia vida. Es justo, junto a la defensa de nuestro noble juego, advertir también contra este peligro latente. La responsabilidad que nos enseña el ajedrez tiene que ser rebajada a la hora de afrontar nuestra vida diaria, pues en ésta no todo depende de nosotros y crearlo así puede

transformar la buena y necesaria responsabilidad en una lastrante y negativa culpabilidad. Como docentes y promotores del ajedrez en general, debemos intentar siempre remarcar la responsabilidad antecedente (responsabilizamos, antes de actuar, de aquello que vamos a hacer) frente a la responsabilidad consecuente (atormentarnos y martirizarnos por lo ya hecho).

Una vez entendido este importante punto, el ajedrez se nos presenta como una magnífica herramienta en la educación en responsabilidad. Y esto por una última razón, fundamental hoy en día. Al ajedrez nunca se juega sólo, jugar al ajedrez siempre implica al otro (aunque sea a sí mismo como a otro). E implica al otro en grado máximo, no sólo como rival y obstáculo. En el ajedrez estamos obligados a ponernos virtualmente en el lugar del otro, a trasladarnos imaginariamente a su perspectiva. El ajedrez nos obliga a tomar al otro como alguien semejante a uno mismo, alguien que piensa, decide, es libre y es responsable de sus actos. Lo cual nos permite entrar en una dimensión intersubjetiva y social de la responsabilidad; no sólo yo soy responsable, sino que el otro también lo es. Podemos responsabilizar al otro de sus actos; si bien, en dirección opuesta, los otros también pueden responsabilizarme de mis actos. La responsabilidad se expande, pues, para alcanzar su verdadero significado social y erigirse como principio de convivencia.

El ajedrez es todo esto y mucho más. El potencial de nuestro querido juego es prácticamente ilimitado y afortunadamente hay muchos indicios - entre los que sin duda se encuentra la presente revista - de que estamos trabajando en la dirección adecuada. Seamos, pues, responsables, y sigamos defendiendo y promocionando este gran juego allá donde haga falta

BENEFICIOS DEL AJEDREZ

Por Javier Cordero Fernández
El ajedrez no goza de la reputación que merece, esto es algo fuera de toda duda. Tal vez no se promociona como es debido, lo que hace que en ocasiones sea considerado un deporte inaccesible para la mayoría. La realidad es bien distinta, el ajedrez es un deporte divertido, saludable y asequible para todo tipo de personas. Por eso, a través de este artículo voy a intentar sintetizar todo lo bueno que tiene el ajedrez y que he podido comprobar a través de mi experiencia.

Empecemos por un tema importante: lo que el ajedrez puede aportar en la infancia. El ajedrez puede ser una herramienta eficaz para ayudar en la formación de un niño, de hecho cualquier actividad que obligue a ejercitar su mente siempre resultará positiva. El cerebro de un niño absorbe más cantidad de información y lo hace de una forma más natural que el de una persona de edad más avanzada. Por eso, todo lo que se aprenda a edades tempranas quedará impreso en nuestra memoria de forma más indeleble. El ajedrez exige una gran concentración, por lo que nuestro cerebro se ve sometido a una gran actividad, esa es la base de los beneficios que reporta, es como si obligásemos a nuestro cerebro a hacer ejercicio, por lo que conseguiremos mantenerlo en plena forma. Podemos decir que el ajedrez es la gimnasia de nuestra mente.

Pero el niño no sólo se verá recompensado en su salud, el ajedrez también le ayudará en diversos aspectos que favorecerán su rendimiento escolar y su desarrollo como persona. Lo primero que llama la atención es el cambio en su forma de comportarse: aprenden a respetar al rival y se conducen de una forma más tranquila y reflexiva... esto se puede comprobar a las pocas semanas de comenzar cualquier curso de ajedrez, el niño, en la mayoría de los casos, cambia su actitud excesivamente nerviosa y revoltosa, por otra más sosegada y de mayor respeto hacia los que le rodean. Pero éste es sólo el primer beneficio, con el paso del tiempo cualquier persona que se adentre en el ajedrez podrá ir notando las siguientes mejoras:

Mejoras en la capacidad de concentración.

Todo jugador aprende a planificarse (ya que en sus partidas tendrán que idear distintos planes de juego), algo muy útil en la vida cotidiana.

Desarrollo del pensamiento abstracto. El pensamiento abstracto nos permite analizar una realidad que creamos en nuestra mente y en la que podemos realizar los cambios que deseemos a través de nuestro cerebro.

Precisión a la hora de realizar tareas.

Gestión del tiempo más efectiva.

Esto es lógico, en muchas partidas de ajedrez se juega con relojes y es primordial gestionar correctamente el tiempo del que se dispone.

Mejoras en el nivel de atención.

Desarrollo del pensamiento lógico, aplicable a las matemáticas.

Aumento de la capacidad de cálculo.

Los valores que transmite el ajedrez son siempre positivos: como la lucha, el

respeto al rival o aceptar el resultado de la partida con deportividad.

Ayuda en la toma de decisiones, algo muy útil en muchos aspectos de la vida. Durante una partida se están tomando decisiones continuamente, con rapidez, desechando las opciones que creemos malas... demasiadas virtudes para pasarlas por alto.

Gracias al ajedrez nuestra mente se mantendrá ágil y lo hará durante toda nuestra vida. Pero esto no es simple palabrería, ya son varias las investigaciones sobre el rendimiento cerebral que han incluido al ajedrez y todas han tenido resultados más que notables.

ALAN PICHOT

Por Carlos Ilardo en "La Nación"



Alan Pichot, un campeón en el tablero de los sueños. En Durban, ganó el Mundial Sub 16, en el primer éxito de ese calibre en 22 años para un juvenil argentino / "Mi próxima meta, ser Gran Maestro", dice el pibe nacido en Almagro

La voz ronca, a través del teléfono, denota el cansancio; la risa espontánea, brisa amable de felicidad que lo dispara hasta los astros. A los 16 años, con 9 puntos en 11 ruedas, el joven Alan Pichot acaba de consagrarse campeón mundial Sub 16, una categoría en la que actuaron 100 participantes de más de 50 países, en el Festival de la Juventud que se disputó en Durban, Sudáfrica. "Sin dudas esto es lo más importante que me pasó en mi carrera", le contó a la nación desde la habitación 2232 en el hotel Elangeni Maharani el flamante rey del ajedrez, vecino del barrio de Almagro, hinchado de Boca y estudiante de tercer año de la escuela William C. Morris, Alan aún no tomó conciencia de su logro deportivo; es que, con su triunfo, la Argentina cortó una racha de 22 años sin títulos mundiales.

ales en el ámbito del ajedrez internacional.

"La verdad es que no lo sabía; no recordaba que el último campeón mundial fue Pablo Zarnicki, en 1992. Tené en cuenta que yo nací en 1998", soltó entre risas y con espontaneidad durante la charla telefónica, mientras lo escuchaba su entrenador, el gran maestro Sandro Mareco. En el año en el que Alan nació, Diego Flores, que fue entrenador de Pichot, logró el subcampeonato en Oropesa, España, en la misma categoría. Ahora, el alumno superó al maestro...

"La actuación de Alan fue excelente. Si continúa dedicándose duro y con humildad, llegará muy lejos. Hace apenas un par de meses que trabajamos juntos", dijo Mareco, el segundo mejor ajedrecista argentino en el ranking internacional y que lo preparó especialmente para esta competencia. Y agregó: "Alan fue forjando su estilo con varios maestros; últimamente tuvo a Sergio Slipak y a Andrés Rodríguez. Se trata de un chico con un juego muy intuitivo, con ideas y fuerzas tácticas, lo cual, sumado a su ambición, lo convierte en un gran luchador sobre el tablero". Pichot pertenece a la raza de ajedrecistas acostumbrados a vivir con lo nuestro; la falta de apoyo a su vocación lo llevó junto a sus padres a golpear diferentes puertas para seducir auspiciantes. En sus citas con empresarios o políticos, a él y a los suyos, las promesas vanas se les escaparon con el viento. Ni la conquista de los campeonatos argentinos Sub 10, Sub 12, Sub 14 y Sub 18 (éste último cuando tenía sólo 12 años, en 2010) bastó para atraer algún mecenas. Sin embargo, esta vez fue diferente.

"Sin la ayuda del Enard y no habría viajado a Sudáfrica. Y también fue muy valioso el aporte de mi club, el Círculo Torre Blanca, porque organizaron festivales para recaudar dinero para que yo pudiera representar al país", contó Pichot, que en los fines de semana representa a la Universidad Tres de Febrero (Untref) en la Liga Nacional de Ajedrez.

Hace seis años, tras una nota en la nación ("El precio de una pasión"), en la que los padres de Alan, Daniel y Mariela, contaban las peripecias que sufrieron (gastos por más de \$ 50.000) a lo largo de ese 2008 para que su hijo participara en el Mundial de Vietnam (allí, en el Sub 10, acompañado por su entrenador Hernán Perelman, finalizó 5°), el empresario Daniel Hadad financió en silencio la carrera del joven talento. La ayuda se prolongó durante tres años; fue una época de magra

cosecha para el joven que, durante su etapa en la escuela primaria, sufría problemas de atención en la clase porque, según los especialistas, poseía una capacidad de comprensión superior a otros chicos de su edad. En 2013, días antes de su cumpleaños N° 15, Alan, cuyo apellido lo liga en cierta manera con el reconocido ex rugbier Agustín Pichot -los padres tienen un vínculo familiar muy lejano-, efectuó una jugada para la memoria: la conquista del título de maestro internacional, con la más corta edad en el historial del ajedrez doméstico. Toda una hazaña.

-¿Pudiste dormir la noche del domingo, en la previa a la última rueda del Mundial?

-La verdad que no; no sé cómo todavía estoy despierto. Con Sandro terminamos de preparar la partida a la 1.30 del lunes, pero después no me podía dormir. De pronto vi el reloj y eran las 8; me di una ducha, bajé a desayunar y a las 10 estaba frente a la mesa. Allí se me desataron todos los nervios.

-¿Qué pasó?

-Algo que nunca me había sucedido. En la noche previa a la última rueda la organización modificó el sistema de desempate; yo me preparé sabiendo que, si ganaba, era campeón, pero ahora me informaban que, si el rival que me había vencido en la 10ª rueda, el italiano Francesco Rambaldi, ganaba su partida, él sería el nuevo campeón. Por suerte yo gané mi partida (al ruso Maxim Litniov), él empató con el francés Bilel Bellahcene, y ahí me di cuenta de que nadie podía quitarme el título.

-¿Qué te aconsejaba tu entrenador durante el torneo?

-Lo principal era mantener la calma y la concentración; no emocionarse antes de tiempo, porque cuando uno está con muchas emociones es difícil pensar tranquilo.

Con la flamante conquista, el joven Pichot, además, sumó su primera norma de Gran Maestro (son necesarias tres de ellas para la obtención del título, la máxima jerarquía que puede alcanzar un ajedrecista), acaso su próxima meta.

"Yo siempre repetía que mi sueño era ser campeón mundial. Bueno, lo alcancé en una categoría menor; quiere decir que estoy en el buen camino, pero sin dudas el objetivo próximo será convertirme en Gran Maestro. Y para eso trabajaré. Pero por ahora quiero disfrutar de este título y volver a encontrarme con mi familia y amigos", agregó.

Alan Pichot, un pibe de barrio con corazón en blanco y negro, que un día, en 2003, se acercó al mundo del ajedrez

y nunca más pudo o quiso alejarse. En plena juventud acaba de establecer una nueva marca, y ocupa un lugar entre los elegidos. Ahora, lo aguarda un nuevo desafío: convertir los nuevos sueños en realidades. Y tiene el talento para intentarlo.

Argentinos compitieron en Sudáfrica además de Pichot: Tomás Sosa (23° en Sub 16); Guadalupe Besso (22° en Sub 16) y Nino Di Giannantonio (26° en Sub 18)..

UN SONETO DE BORGES



**Tenue rey, sesgo alfil, encarnizada
reina, torre directa y peón ladino
sobre lo negro y blanco del camino
buscan y libran su batalla armada.**

**No saben que la mano señalada
del jugador gobierna su destino,
no saben que un rigor adamantino
sujeta su albedrío y su jornada.**

**También el jugador es prisionero
(la sentencia es de Omar) de otro
tablero
de negras noches y de blancos días.**

**Dios mueve al jugador, y éste, la
pieza.
¿Qué Dios detrás de Dios la trama
empieza**

de polvo y tiempo y sueño y agonía?

NUESTRO CÍRCULO

Director : Arqto. Roberto Pagura
arquitectopagura@gmail.com
(54 -11) 4958-5808 Yatay 120 8°D
1184. Buenos Aires – Argentina
